

Paladar gusto

Por Iván W. Jiménez
director de la revista *ene o*

Una de las actividades sin sentido que repetía en mi infancia era la de dibujar, que además en la nobleza de mi inocencia no veía ninguna malicia en copiar el trabajo e imitar el trazo de otros dibujantes. Ya en la dinámica de la escuela y “ser alguien en la vida” sabía que quería seguir dibujando por siempre ya que me divertía y hacía feliz. Entonces pensaba, en mi limitada concepción de los ocho años, que la mejor opción era ser arquitecto.

La toma de decisiones se van presentando sin avisar, llegan sin chistar en el momento no óptimo de la vida, pero es gracias a la información que nuestras resoluciones se vuelven concienzudas, sabias y proféticas. Así, a los 16 años ya sabía que lo que realmente quería ser

era diseñador gráfico; sí en la línea, pero en la no constructiva. Desde entonces hasta ahora me dedico felizmente a diseñar, a comunicar.

Bastante tiempo después, vino la decisión que definiría mi madurez y enfrentaría la primera gran batalla que todo adulto debe ganar: dejar de vivir con mis padres. Tras este hecho tuve que aprender a lavar, planchar, limpiar y cocinar; actividades de las cuales sólo a la última le he encontrado un verdadero placer. Mis amigos saben de mi gusto por la comida, por algo me invitaron a escribir este texto, y aunque aún no me considero un sibarita, sí tengo un paladar en constante entrenamiento. Encuentro un placer en comer, pero aún más en cocinar para mis cercanos.

Me gustan los comparativos, ya que sólo en ellos me encuentro y defino, asimismo establezco paralelismos como guía del podría ser; entre la cocina y el diseño he encontrado bastantes e incluso diseñadores han usado la cocina y la comida como recurso tropo-